

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA PROPIA COMUNITARIA. EL CASO DE ARAGÓN

*On the Teaching of the History of On's Own Community.
The Case of Aragon*

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE
Universidad de Zaragoza

RESUMEN: Al reflexionar, desde su propia experiencia de historiador y profesor de Historia Económica, sobre las circunstancias que rodean la tan discutida enseñanza de la Historia *propia* («nacional» o «regional»), de cada Comunidad Autónoma española y, en concreto la suya, de Aragón, el autor se propone contribuir al debate sobre su obligatoriedad, sentido, finalidad, razonabilidad.

Quiere ser una propuesta abierta y poco dogmática, un ensayo con diversas consideraciones que van desde la política y la ideología a la didáctica, y que aporta la experiencia concreta del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Zaragoza, que lleva realizando una preparación muy sólida con vistas a las próximas transferencias de las enseñanzas primaria y media, que de seguro contemplarán la de la Historia de Aragón como un pilar de formación de esos estudiantes.

Palabras clave: Historia nacional, Historia regional, Historiografía, Identidad colectiva, Didáctica de la historia.

ABSTRACT: Upon reflecting, from his own experience as a historian and professor of Economic History, on the circumstances surrounding the much-debated teaching of the *particular* History ('national' or 'regional') of each Autonomous Community of Spain, and specifically of Aragon, the author aims to contribute to this debate on its necessity, sense, purpose and reasonableness.

It aspires to be a proposal that is open and not very dogmatic, an essay with various considerations that go from politics and ideology to didactics, and which contributes the particular experience of the Institute of Educational Sciences (*Instituto de Ciencias de la Educación*) of the University of Zaragoza, which has been

carrying out solid preparation with a view to the forthcoming transfer of primary and middle education, which will surely contemplate that of the History of Aragon as a mainstay of the education of these students.

Thus it will be necessary for primary and secondary school teachers to be well-prepared in a subject that cannot be improvised. This explains why it is urgent for this problem to be raised at the university level, which is where these future teachers are being trained.

Key words: National History, Regional History, Historiography, Collective Identity, Didactics of History.

1. INTRODUCCIÓN

Este breve ensayo pretende reflexionar, sin aparato erudito y remitiendo casi exclusivamente a la propia experiencia, sobre la enseñanza o, mejor, la transmisión de la Historia propia de una Comunidad, en mi caso la de Aragón. Es mi intención contribuir, *mutatis mutandis*, al debate general sobre la llamada, con importantes reparos en ambos casos, bien “historia nacional”, bien “historia regional”. Quiérese aludir, de uno u otro modo, a la historia de las gentes que han habitado una parte del territorio español, habitualmente coincidente hoy con una de sus comunidades autónomas, cuyos políticos predominantes suelen interpretar por su parte que es una “nación”, o tienden a conformarse o preferir la, en principio *menor* denominación de “región”. Ésta, sin embargo, resultaría más acorde con criterios geográficos o económicos, y sobre todo al referirnos al marco general europeo en el que unas y otras se suman hoy a través de este Estado integrador, que muchos seguimos todavía llamando España. De ahí que, por ejemplo, no me parezca mal la expresión “Aragón es una región europea, integrada en España (preferiblemente de modo federal) y que reivindica su carácter de nación”.

Haré referencia no sólo ni aun fundamentalmente a la enseñanza en la licenciatura de Historia. Contra la propuesta de la Facultad de Letras al presentar el nuevo Plan de estudios, en una reciente Junta de Gobierno de la Universidad de Zaragoza, reformamos éste en el sentido de que fuese disciplina obligatoria. El voto resultó unánime y desató en una parte muy respetable del profesorado de esa especialidad no pocas reacciones en contra. No quise entrar en la polémica provocada entonces, en un clima de apasionamiento y calor, si bien pienso que sería bueno dar paso, con calma y serenidad, a un hondo debate entre cuantos andamos, profesional, política, culturalmente, interesados en este asunto.

Digo, antes de esta larga explicación no pedida, que no me refiero sólo a la enseñanza de esa Historia propia en una licenciatura, ni aun genéricamente en la Facultad de Letras (donde, sin duda, tiene excelente acomodo también en otras especialidades, además de la de Historia) u otros centros universitarios: por supuesto en las Escuelas del Profesorado, también vinculada a la docencia de Historia Económica en las facultades y escuelas de Economía y Empresa o de Estu-

dios Sociales, etcétera. Quiero referirme, genéricamente, pues, a la conveniencia de esa enseñanza que, vista con ojos que antes abarcaban un Estado y ahora, aquí, una “Comunidad Autónoma”, se llamaría otrora “historia patria”.

Aún llegaría más lejos. He dicho al comienzo que casi prefiero la expresión transmisión de la Historia, en el sentido de incorporar a los programas formales de cualquier nivel docente las otras muchas actividades comunicadoras que, de un modo u otro, total o parcial, sistemática o eventualmente, envían a sus receptores mensajes de contenido histórico. Están de modo eminente los libros, pero también los medios de comunicación, en especial el cine, el documental, la fotografía, la pintura histórica, la televisión, la música, la radio y la prensa en todas sus modalidades. Y no olvidemos el “medio” familiar, tan importante, a pesar de sus posibles deficiencias, en la cesión de padres a hijos del legado de tradiciones, leyendas... e historias. No es muy grande el número de mensajes de tipo histórico en todos esos medios, pero los hay, y su influencia en la población general, sobre todo si discurren acordes con lo que supone el acervo colectivo, es relativamente importante. Volveremos sobre ello.

La propuesta es, desde luego, que se recurra mucho más (ampliando el escaso porcentaje dedicado a ello) a la historia propia que a la general, española, europea o mundial. Dicho de ese modo, pudiera pensarse que quisiéramos trocar una Historia por otra, sustituir un adoctrinamiento patriótico por otro menor espacialmente, distinto del globalizador tradicional pero no menos ideologizado. No es eso, aunque algunos conflictos y los subsiguientes compromisos produjo no hace muchos años en Cataluña, por ejemplo, dicha disquisición. Entiendo que estudiar, divulgar, enseñar en sus distintos niveles la historia “región-nacional” no tiene por qué suponer relegar, olvidar, y menos suprimir la historia de España, aunque sin duda sí habrá que reformarla, y buena hora es de ello, tan centrada como sigue en las “cuatro esquinas” decimonónicas.

Tampoco, por supuesto, creo que estudiar a fondo (no nos metamos aún en prolijas fijaciones horarias, en cuestionarios y programas) la historia local, la regional, la española, deba suponer la supresión de la europea y la “mundial”, en tiempos de bien venido universalismo. Es otra cuestión, aunque obviamente no hay tiempo para todo, y los contenidos deben ser adecuadamente dosificados. Pero lo importante es la perspectiva, el encaje general en la mente y la sensibilidad de las personas que reciben todos esos mensajes del pasado.

Por fortuna, las disciplinas históricas sufren en las últimas décadas numerosos embates críticos que, además de demostrar no tanto su crisis cuanto su buena salud y su capacidad de evolución, suponen un notable avance teórico. Sólo por su contribución a replantear el enfoque a dar a las diversas perspectivas (local, región-nacional, estatal, etc.) y, sobre todo, a exigir una vinculación dialéctica entre todas ellas, quedaría justificada esta polémica. Pero su finalidad va, sin duda, más allá de esa mera estimulación metodológica.

La idea no es nueva, en general, y desde luego en Aragón ha habido numerosos precedentes. Precisamente como muestra de qué tipo de preocupación había entre nuestros ancestros por esta enseñanza a niveles casi siempre escolares (primarios, medios y universitarios), publiqué hace un par de años un largo artí-

culo en la revista *Rolde*: “El aragonesismo didáctico: manuales y “catecismos” de historia de Aragón en la Restauración (1875-1931)”, y a él remito a los lectores interesados en esa perspectiva historicista.

2. LAS BASES DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

Se han vertido ríos de tinta sobre la importancia del conocimiento del pasado para explicar el presente. A escala “micro”, humana, planetaria (frente a la mirada al Cosmos, cada día más enriquecida en los últimos lustros), se trata, simplemente, de responder a la pregunta de dónde estoy, qué ha pasado aquí para que yo esté aquí y de este modo.

Sin duda las respuestas sobre los primeros, lentísimos pasos desde la sima de las ignorancias hasta el dominio sobre la Naturaleza, el fuego y otras fuerzas, la caza y la recolección, son de un extraordinario atractivo. Pero no menos han de serlo los pasos que llevan hasta el presente y explican el modo de estar organizada la sociedad, no del todo “lógico” y mucho menos necesario (lo cual es evidente, a la vista de los diversos modelos económicos, políticos, sociales, del mundo, por mucha convergencia que parezca haber en su marcha hacia el capitalismo radical). Somos lo que somos, porque nuestros antecesores fueron caminando de ese modo y no de otro, encontraron tales y cuales escollos, erraron así o acertaron así.

El problema está en hacerse comprender, transmitir contenidos veraces, rigurosamente estudiados, reflexionados, analizados, y hacerlo de modo atractivo, fácilmente inteligible, si no siempre apasionante. No es cierto que nuestra ciencia deba ser todo lo oscura, dura, áspera, que resulta con frecuencia. La prueba, las hermosas páginas de Pierre Vilar y Fernand Braudel a Eric J. Hobsbawm o Carlo M. Cipolla, por citar sólo a los de fuera.

Se me dirá que muchas veces el exotismo de pueblos y mundos lejanos en el tiempo y el espacio gana con especial facilidad al lector u oyente, así el Egipto Antiguo, el imperio romano, las culturas maya, inca o azteca. Lo mismo podemos decir del fascinante mundo de las historias legendarias o las leyendas de tipo histórico, tantas veces entremezcladas por su estilo narrativo y su temática, desde el ciclo artúrico a las Cruzadas. O de la literatura histórica, hoy de nuevo de moda, que recreó tantas infancias desde el romántico XIX, dándonos una idea poco verosímil pero muy atrayente de la Edad Media.

Pues somos todo eso. Lo pasado escrito y lo transmitido oralmente o por comportamientos, usos y creencias. También las leyendas y los miedos, los prejuicios y tabúes de que debemos, como seres racionales, intentar librarnos o, al menos, situarlos en su sitio, relativizarlos.

Ahora bien: si todo lo pasado transmitido, valorado y seleccionado, forma parte del “imaginario colectivo”, es especialmente importante revisar, aclarar, establecer adecuadamente, lo relativo a nuestro pasado como aragoneses (en nuestro caso), que es lo que, en definitiva, marca de modo especial nuestra personalidad y carácter. Uno puede contemplar con admiración, curiosidad, interés, lo que pasaba en

aquellas lejanas civilizaciones, pero sólo desde el punto de vista genérico, humano, señalado por Terencio (“soy hombre, y nada de lo humano puede serme ajeno”).

Porque con nuestros precursores, con quienes ocuparon este territorio en épocas pretéritas, hay una gran complicidad y vinculación. No sólo por la expresión “nuestros abuelos”, genéricamente alusiva a los antepasados personales, sino en general por todos los que fueron colocando “piedras” (leyes, edificios, costumbres, ideas, folklore) antes que nosotros.

Por supuesto que hay determinados hitos en la Historia de la Humanidad cuyo estudio nos es sustancial, para enmarcar en ellos lo que les pasaba a los más próximos (o para preguntarnos por qué no les pasaba o les ocurría más tarde y de otro modo). Pienso, por ejemplo, en la Revolución Francesa. Nos interesa mucho, como uno de los grandes acontecimientos del pasado humano. Pero aún más saber cómo, cuándo, de qué modo, con qué variantes, se aplicaron en nuestra tierra sus consecuencias. Ambas cosas: está claro que no puede caminarsen en lo segundo sin saber bien qué es lo primero.

3. LA ENSEÑANZA DE NUESTRA HISTORIA

En esa tesitura, el papel de la historia propia resulta especialmente importante, por cuanto no se trata sólo de transmitir a nuestros hijos, alumnos, lectores, lo que pasó en un entorno concreto, de modo que configuró nuestro ser individual, sino que ese pasado ha contribuido, a la vez, por diversas razones, a la forja de la personalidad colectiva, lo que, con algún grado de topicidad ya adquirida, llamamos “señas de identidad”.

En efecto, cuando en 1833 un pequeño grupo de políticos y técnicos de diverso tipo establecieron las 49 provincias de España, a la manera de los departamentos franceses, lo hacían siguiendo determinados criterios, en su mayoría precedentes históricos, en los que tenían que ver desde la configuración de las provincias romanas y los viejos reinos cristianos y aun musulmanes, a los señoríos, las diócesis u otras divisiones territoriales. Lo mismo ha ocurrido, con mayor simplicidad y siguiendo un criterio general de respeto a la tradición y racionalidad, en la configuración de las Comunidades Autónomas, atendiendo razonables pretensiones de territorios nunca organizados aisladamente, como Cantabria o La Rioja, pero no, en cambio, las de Segovia.

No entraré en la discusión sobre si está bien o mal diseñado el mapa de las comunidades autónomas españolas (es asunto grave, pero diferente al aquí propuesto) ni tampoco en el a él anexo sobre cuáles de éstas sean “históricas” y, según se argumenta, por esa nominación artificiosa y posterior a toda norma preestablecida, optantes a importantes privilegios políticos y económicos. Esto último ha sido de tal modo manipulado, sin apenas fundamentos precisamente *históricos*, al servicio de otras componendas políticas más o menos bienintencionadas, que su mero enunciado nos produce un profundo malestar.

Ahora bien: ¿qué quiere decir, qué significa e implica formar parte de una u otra Comunidad? Sobre todo, el pasado colectivo. Los aragoneses, es mi ejemplo

concreto, además de un territorio geográficamente muy diverso y muy caracterizado por su interioridad, las altas cumbres que lo limitan, el cruce central del Ebro y sus afluentes, tenemos como fondo de nuestra cultura la mezcla histórica de la romanidad, lo musulmán, lo cristiano repoblador y reconquistador, la existencia de un reino que pronto se asienta sobre un mapa muy semejante al actual y dura bastantes siglos, sea en solitario, sea en confederación con el principado de Cataluña, primero, y los reinos de Valencia y Mallorca, después.

No es indiferente haber tenido un pasado de fuerte implantación señorial (con numerosa población morisca hasta la indeseada expulsión de 1610), de ricas y poderosas órdenes militares, de reyes más o menos absentistas, combatidos primero por la nobleza, luego acatados mientras fueron propios, luego discutidos y pactados (Compromiso de Caspe), luego repudiados por ajenos y aviesos (Felipe I de Aragón, conocido como II de Castilla), luego negadores de los fueros y observancias y hasta de la misma esencia de reino (Felipe IV, llamado V en Castilla).

Ni es indiferente haber tenido el gran medio siglo de la Ilustración, época dorada del ex-reino, que se niega a dejar de serlo, con la importancia del “partido aragonés”, Goya, Aranda, los Azara, Pignatelli, la Económica de Amigos del País, etc. Ni haber vivido como se vivieron los Sitios de Zaragoza y en general la francesada, la primera y gran guerra carlista, los pronunciamientos liberales. Ni mantener, aún, ya poco pero grande en su pasado, un Derecho propio. Ni ser la patria, por poner los más destacados ejemplos, de Costa y Cajal, Sender y Buñuel. Ni ser un país en que se habla, además del generalizado español, el viejo y noble aragonés, el habla catalana de nuestros vecinos.

Todo eso está, vaya si está, en la recámara de nuestra conciencia, nuestras ideas y sentimientos. Que se transmita bien, que se analice adecuadamente, es una responsabilidad de los historiadores y profesores de Historia, en todos sus niveles. Esa es “la diferencia” aragonesa. Si se conoce y asume, tiene algún sentido reclamarse aragonés. Si no, son *flatus vocis*, un artilugio demagógico o, como mucho, un argumento para defender aguas y negar centrales nucleares.

4. RAZONES DIDÁCTICAS

Dado el carácter poco ortodoxo y casi coloquial de este escrito, espero licencia para decir una oportuna perogrullada que, como casi siempre ocurre, resulta conveniente a pesar de su obviedad, acaso no percibida del todo. Y es que, aparte las esgrimidas, la primera y principal razón de la urgente necesidad de que estudien Historia de Aragón en la Universidad de Zaragoza muchos de sus alumnos es, lógicamente, que en breve habrán ellos de exponerla, y no precisamente de modo memorístico, erudito, sino ante todo como una reflexión que ayude a caminar hacia su futuro colectivo a todos los alumnos de los distintos niveles: primario, secundario y, sí, también, superior.

Pienso en sus futuros licenciados en Historia y aun en otras materias sociales (las historias del Arte, la Literatura, la Filosofía y la Ciencia, etc., como en materias aparentemente más alejadas de suyo de lo histórico como la Economía, el Dere-

cho, la Sociología), así como los futuros maestros de primera enseñanza: desde luego, cuantos vayan a impartir dichas Ciencias Sociales.

En todo caso, no es de un supuesto o de un deseo, de lo que hablamos. Que se debe estudiar la historia propia, así se dispone ya, en aquellas comunidades que tienen transferidas las competencias en materia docente, primaria y media. De un modo u otro, con mayor o menor acierto, se ha entendido en esas comunidades que ya no dependen en esas áreas del pintorescamente llamado, “territorio MEC”, que la transferencia no sólo permite y legitima, sino que conlleva lógicamente la conveniencia y aun la necesidad de establecer programas de historia propia en esos niveles. Algo que desde “Madrid” nunca se supo o quiso hacer.

No es un juego retórico de “petición de principio” éste al que recurro. No es importante la Historia propia porque lo decidan así los rectores políticos de cada Comunidad Autónoma, sino al revés: lo deciden así, todos y en todas, porque nadie pone en duda su utilidad fundamental como una de las bases de la formación de la personalidad. Lo mismo ocurre cuando, desde los medios de comunicación se celebra con mayor o menor entusiasmo una efemérides histórica, un solemne aniversario, o se alude a una figura del pasado. Razón por la cual, añadido, sería lógico que los periodistas, al igual que los profesores o los políticos, supieran su propia historia, lo que, por desgracia, no siempre sucede.

Pero, en concreto, y centrándonos en el aspecto principal: ¿está, en ese sentido, preparado el profesorado de los dos niveles básicos para atender esa demanda social y política? En buena parte, no, pues bien poco cuidado se puso en ello hasta muy recientemente. Prueba de ello, el caso bien conocido de un catedrático de Historia Contemporánea que hace un cuarto de siglo negaba la posibilidad de estudiar el Aragón de esa época, ya que no existía como objeto de estudio, puesto que “Aragón había sido suprimido como reino tras los borbónicos decretos de Nueva Planta”. Por otra parte, salvo muy meritorios y hermosos casos de maestros primarios o profesores de bachiller —casi siempre en la enseñanza pública— que lo han venido haciendo por propia iniciativa, algunos libros publicados en su apoyo y un racimo de artículos de prensa, apenas se había avanzado en ese sentido, ya que no estaba previsto por el Ministerio ni, por lo tanto, era consigna obligatoria.

5. UNA BUENA COSECHA PREPARATORIA

Así y todo, se han hecho bastantes cosas. Para hacer referencia a nuestra preparación real para impartir esta historia nuestra en las aulas de primaria y secundaria, es imprescindible aludir a la ingente labor del Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), de la Universidad de Zaragoza, que acaba de cumplir su primer cuarto de siglo, y que entre sus casi trescientas publicaciones, ha dedicado al tema varias muy significativas, que enumero:

El pionero Grupo Clarión publicó *La localidad y su entorno: programación para su estudio en la escuela (6º EGB)*, 1978, y *Aragón en España. Programación para un estudio de la región en relación con España (7º de EGB)*, 1979.

El tema volvió a salir en 1983 cuando varios autores plantearon los problemas de *La enseñanza de la Historia en BUP y COU: visión del profesorado*; en 1985 Isabel Jiménez publica *Recursos instrumentales para la enseñanza de la Geografía y de la Historia*, y ese mismo año Agustín Ubieta y otros, *Aspectos didácticos de Historia, Bachillerato*; en 1986 varios autores enfocaron *Las Ciencias Sociales sobre Aragón: aspectos didácticos*, y en 1988 de nuevo Agustín Ubieta y otros, *Aspectos didácticos de Historia, 4*, a la vez que este animoso coordinador y entonces director del centro publicaba un nuevo título: *El entorno, lo que nos rodea, como fuente histórica y materia de estudio*, 1988. Finalmente, en 1989 otro grupo de autores avanzaba al plantear *Por qué y cómo estudiar Aragón: aspectos didácticos*.

Otro bloque aún más práctico es el desarrollado para mostrar a los educadores y alumnos manuales, vídeos y otros materiales para la clase. Así, Agustín Ubieta preparó un manual con diapositivas sobre *Cómo se formó Aragón* (1984); D. Sanz y J. Hernando prepararon un *mapa de Aragón* en relieve y una *guía didáctica* para su aprovechamiento didáctico (1987). Además de los 16 vídeos de la serie "Comprender Aragón", versan total o parcialmente sobre nuestra historia otros muchos de las series dedicadas a la naturaleza y medio ambiente, fuentes de energía, historia y arte, ciencia y sociedad, y lo mismo ocurre con muchos trabajos de postgrado en este medio de expresión tan moderno.

También desde el ICE se impulsaron dos muy importantes instrumentos de revisión de nuestra historia, cuales son los cinco encuentros sobre el *Estado actual de los estudios sobre Aragón* (1978-1983) y los diez sobre *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas* (1985-1994), reflejados en un total de veinte grandes volúmenes de actas.

Puede imaginarse en qué óptimas condiciones se encontraba, pues, este ICE cuando, hace unos años, diversos dirigentes de la DGA solicitaron su ayuda y orientación para preparar el traspaso de competencias del Estado a nuestra Comunidad Autónoma en los niveles primario y medio, lo que, realizado ya el de la Universidad, parece inminente, esa es al menos la voluntad y la impresión de los dirigentes actuales del Departamento de Educación y Cultura.

6. SOBRE LA INVESTIGACIÓN DESTINADA A LA ENSEÑANZA

En fin, unas palabras finales sobre las consecuencias de esta perspectiva en nuestros trabajos de investigación. Es indudable que, si sometemos nuestra investigación a esta nueva revisión, la del destinatario en una perspectiva de colectivo sujeto pasivo, pero también activo de su propia Historia, las consecuencias habrán de ser claras.

De una parte, que este tipo de tareas no queden relegadas a lo "casero", despreciadas por lo general desde centralistas comisiones calificadoras de la investigación de los profesores universitarios. Podríamos citar muchas docenas de libros y otras tantas de artículos científicos referidos todos ellos a temas de historia propia, merecedores de las máximas calificaciones, las hayan obtenido o no. También la "microhistoria" es historia, y con frecuencia de gran calidad.

De otra, que resulta cada vez más necesaria la intercomunicación sobre fuentes, métodos, bibliografía, etc., lo que hasta hace poco era muy difícil, por tratarse con frecuencia de ediciones locales, provinciales o de las comunidades, mezclado lo excelente con el amiguismo, sin apenas información ni distribución (salvo algún meritorio catálogo o librería, ejemplo de ambos la madrileña librería Marcial Pons). Hoy, la navegación por las redes de comunicación y documentación ha cambiado totalmente esa perspectiva, pero es preciso tomar conciencia todos de que nuestros trabajos “locales” pueden y deben entrar en ellas.

Tras esos intercambios, asumiendo y resolviendo problemas comunes, la ciencia histórica habrá de progresar hacia nuevas preguntas colectivas o específicas, a la vez que podrá, deberá, hacer el mismo esfuerzo comparado con otras historias “regionales” europeas, remontándonos de lo propio a lo más ampliamente colectivo. Se habrá caminado así hacia una historia europea —por el momento, en nuestra labor de historiadores— integradora, dialéctica, respetuosa con los otros y reflexiva. ¿O no se trataba de eso?